

COMUNIDAD EN “MISIÓN” ARTE Y LIDERAZGO



José Cristo Rey García Paredes, cmf

No es lo mismo una comunidad que realiza una misión que “comunidades en misión”. Sin ellas nuestras provincias y congregaciones pierden su razón de ser y se convierten en espacios conflictivos, insatisfactorios, en ámbitos protectores de toda clase de individualismos. Las “comunidades en misión” no se confunden simplemente con “equipos misioneros”, ni “grupos de trabajo”. Se trata de comunidades que tienen una conciencia viva de ser “cómplices en la misión del Espíritu Santo” y que se dejan configurar por la Misión de la que el Espíritu Santo es protagonista.

En tales comunidades hay y puede haber diferentes ministerios, servicios, pero la misión es una sola. Ninguna persona de las que forman la comunidad independientemente de su edad, salud, o actividad queda fuera de la misión. ¡Todos los miembros de la comunidad están llamados a participar en la Misión del Espíritu! La misión de Dios acontece dentro de un contexto humano determinado. Por eso, también la comunidad debe quedar configurada por el contexto.

Veamos, por lo tanto, qué función le cabe al líder de la comunidad en ello. ¿Qué características han de tener? ¿Cómo se instituyen, se constituyen, se forman? ¿Qué tipo de liderazgo necesitan?

Para introducir el tema recibiremos inspiración de 1 Cor 12,27. En este texto san Pablo ofrece la clave para entender cualquier comunidad cristiana, y obviamente nuestras comunidades religiosas: ¡Sois el Cuerpo de Cristo!

INSPIRACIÓN BÍBLICA: “SOIS EL CUERPO DE CRISTO” (1 COR 12,27)

“¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?... El que se une al Señor es un espíritu con El” (1 Cor 6, 15.17).

“Siendo muchos formamos un solo cuerpo” (1 Cor 10,17). “Porque quien come y bebe sin discernir el cuerpo come y bebe su propia condenación” (1 Cor 11, 29).

“Pues lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo, así es también Cristo” (1 Cor 12,12).

“Aunque es cierto que los miembros son muchos, el cuerpo es uno solo... Y los miembros del cuerpo que nos parecen más despreciables los rodeamos de mayor respeto; y los menos decorosos los tratamos con más decoro... Pues bien, Dios organizó el cuerpo dando mayor honor a lo que carece de él, para que así no

haya división en el cuerpo, sino más bien todos los miembros se preocupen por igual unos de otros... Pues bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo” (1 Cor 12, 20-27).

Para san Pablo la comunidad era “el cuerpo de Cristo Resucitado”. Cada hermano o hermana de la comunidad cristiana no es solo un ámbito donde el Espíritu se manifiesta y se expresa, sino también un miembro del cuerpo de Jesús Resucitado, el Señor. La unidad del Espíritu coincide con la unidad del Cuerpo: se trata de un cuerpo con espíritu y un espíritu con cuerpo. Cada miembro está agraciado con los carismas, cada carisma potencia el cuerpo. ¡Y esta es la identidad primaria de nuestras comunidades en la vida consagrada!

Pero no hemos de olvidar que se trata de un cuerpo dinámico, en actividad permanente, en misión, porque su alimento es “cumplir la voluntad del Padre”. El cuerpo está dotado de diferentes miembros y dones carismáticos para realizar la misión que en Él el Espíritu realiza. Para ello hay que reconocer y activar los diversos carismas sin excluir ninguno que el Espíritu ha concedido a cada uno de los miembros del Cuerpo, de la comunidad. En 1 Cor 12,28ss ofrece Pablo una lista de carismas y ministerios, distinta de la ofrecida anteriormente², y que nos interesa especialmente para descubrir lo que es una comunidad “en misión”. Esta segunda lista se inicia con la tríada: «apóstoles - profetas - doctores»; pero según un orden bien establecido: «primero - después - en tercer lugar»:

- *Apóstoles* (1 Cor 12,28-29) no son aquí “los Doce”, sino otros, misioneros o enviados por el Señor Resucitado o el Espíritu Santo para anunciar el Evangelio en nuevas regiones (Hch 13,1-3).
- *Profetas** son personas cuya función es edificar, exhortar y consolar (1 Cor 14,3); a través de su palabra llevan a otros a descubrir el misterio y una nueva comprensión, a la adoración de Dios y la proclamación de su presencia en la Iglesia (1 Cor 14,24s); también el *discernimiento de espíritus* estaba íntimamente conectado con el don profético (1 Cor 12,10).
- *Doctores* son personas llamadas a preservar y transmitir la tradición cristiana, a exhortar (1 Cor 12,7) e interpretar.

Además de la tríada, Pablo reconoce así mismo *la existencia de otros carismas*, ya mencionados en la primera lista (1 Cor 12,28.31) y añade otros dos más:

- *La «asistencia» y el «gobierno»*: se trata de los presidentes carismáticos de las asambleas de los creyentes (1 Cor 12,28; Rm 12,8), sin que esto fuera obstáculo para la autoridad de Pablo en las comunidades por él fundadas⁹. Pablo reconoce estas formas nacientes de autoridad local.
- *El carisma de discernimiento* es reconocido como un carisma de gobierno eclesial¹⁰. Se trata de incipientes formas de gobierno en la iglesia de Corinto en medio de una variedad de roles y actividades.

Pablo estaba preocupado para que no se introdujeran en la iglesia de Corinto estilos paganos de liderazgo y luchó contra ello. Pablo lo entendía como tarea, como función, servicio y así ejercía su liderazgo; y presentaba como buenos líderes cristianos a quienes se habían distinguido por su servicio a los demás y no por su status social, como por ejemplo Estefanas, y otros hombres y mujeres con el carisma de la diaconía, del servicio (1 Cor 12,7): la hermana Febe, diaconisa de la iglesia de Cencreas (Rm 16,1). Un carisma diaconal de especial interés es el carisma de curaciones: este carisma no era algo extraordinario, sino que era la expresión de la “démocratisation de la sainteté” (Card. Suenens).

La comunidad de vida consagrada debe estructurarse carismáticamente, es decir, reconocer todo el potencial carismático que en ella existe y configurarlo al servicio de la “Missio Spiritus”. Ninguna persona debe ser excluida, sino ubicada carismáticamente en la *Missio*.

¿CÓMO SE FORMA UNA COMUNIDAD?

¿CÓMO QUEDA CONFIGURADA POR LA MISIÓN?

El redescubrimiento de la “missio Dei” nos ha hecho reconocer que no es la comunidad la que tiene un programa misionero sino que es Dios, el Dios de la misión, el que cuenta con la comunidad para llevar a cabo su programa misionero. Esta comunidad se caracteriza por ser *un grupo humano que Dios ha escogido* a través de un acontecimiento vocacional *para formar con ellos o ellas una*

comunidad de discípulos-misioneros de Jesús, ungidos por el Espíritu.

La comunidad es misionera en su misma naturaleza porque es un reflejo e imagen de la naturaleza misionera de Dios. La “*missio Dei*” es mucho mayor que cada comunidad local. Esta es uno de los instrumentos de los cuales Dios se sirve para realizar su misión en la historia. Pero cada comunidad religiosa está llamada a ser signo e instrumento de la Trinidad misionera que quiere salvar a la humanidad e instaurar su Reino. Por eso, cada comunidad debe ser reconfigurada desde la misión y no hacer de la misión una - entre otras— de sus importantes actividades.

El nuevo paradigma de la misión comprendida como “*missio Dei*”, como misión del Espíritu en nuestro tiempo y lugar plantea a las comunidades religiosas una importante cuestión, que frecuentemente no es atendida: ¿cómo formar comunidades que colaboren en la “*missio Dei*”? ¿Qué procesos hay que abrir para que esto sea posible? Responder a estas preguntas nos lleva a un cambio de paradigma comunitario.

LA comunidad que adquiere su forma misionera y discipular

No hay que dar por sabido lo que es una comunidad religiosa o cristiana. Ordinariamente partimos del supuesto de que la “comunidad” está ahí y nos precede. Que es una estructura en la cual hemos de integrarnos: “¡nuestras Reglas o Constituciones o Directorios, las decisiones capitulares han determinado cuáles son las características de una comunidad! ¡Lo que nos corresponde a quienes hemos sido destinados a ella es acomodarnos a esa estructura predeterminada (horario, normas de convivencia, autoridades a las que obedecer, actividades que realizar...)”. Es así como ordinariamente se piensa.

a) Mirada hacia las primeras comunidades cristianas.

Pero si volvemos a nuestros orígenes —a la constitución de las primeras comunidades cristianas- sin prejuicios, es decir, sin deseo de justificar y apoyar nuestras actuales estructuras comunitarias y nuestras formas de liderazgo, nos encontramos con algo sorprendente: ¡el protagonismo de Dios y no la prescripción de una forma peculiar de comunidad!:

“Todos los días el Señor agregaba para ello a los que habían de

salvarse” (Hch 2,47).

El proceso de agregación tenía al Señor como protagonista. Él era quien configuraba la comunidad para que tuviera un solo corazón, una sola alma y todo en común. Él era el que la formaba para que fuera testigo hasta los confines de la tierra. Las primeras comunidades vivían bajo el reino de Cristo Jesús “hasta que vuelva”. Pero no estaban sometidas a un único modelo.

Uno era el modelo configurador de la comunidad de Éfeso, y otro el modelo de la comunidad de Tesalónica¹⁷. La misión requería diversos modelos de comunidad. El de Éfeso más ajustado a una ciudad libre, con una constitución griega; en ella se proclamaba el señorío cósmico de Jesús (Ef 1,19-21) y la paternidad de Dios Padre sobre todo, como réplica a la idolatría del poder en el imperio romano¹⁸. El modelo de Tesalónica —ciudad portuaria, libre y con autonomía local- configura una comunidad en la que el trabajo es un tema importante (ITes 2,9; 4,11-12; 5,12-13a), pero no tanto la estructura de la comunidad. Al parecer fue una comunidad ejemplar en su actividad misionera y testimonial. Y es posible que este énfasis en el trabajo aluda a los ministerios dentro de la comunidad, como red que extiende el evangelio, al estilo de las asociaciones de trabajo que allá existían¹⁹, como una familia extendida que instituye *oikos*, casa familiar²⁰. Después se comenzará a hablar de “paroikia”, es decir, de parroquias.

b) Cada comunidad ha de encontrar su propia “forma”.

La comunidad se re-estructura, se re-configura cuando el Señor agrega a ella un nuevo miembro. Queda así modificada la red de relaciones y la mutua integración. La comunidad no es una camisa de fuerza de la que hay que revestirse, sino un organismo vivo con enorme capacidad de adaptación. Por eso, no responde a este modelo de comunidad una tradición comunitaria que impida cualquier innovación con la ya socorrida expresión: “siempre se ha hecho así”, “ya se ha intentado otras veces y no ha resultado”.

La comunidad que renuncia a anquilosarse, en la que no tienen cabida personas que se arrojan privilegios de veteranía y de propiedad, es una comunidad abierta a la innovación, a la asunción de una forma “nueva”, aquella que el Espíritu quiere concederle en este momento, en este lugar, con estas personas, para que sea

una digna cómplice en su Misión.

Para que esto sea posible la comunidad ha de ser conducida a través de un doble proceso: de crecimiento en relaciones mutuas entre todas las personas que la constituyen (sin excluir a ninguna) y en interacción con el medio ambiente urbano o rural, cultural, eclesial en el que la comunidad está ubicada y al que ha sido enviada.

Lo que no debe ocurrir es que el contexto interno de las personas cambie y todo siga igual, como si nada hubiera ocurrido; o que el contexto ciudadano, social, eclesial, cambie y la comunidad siga siendo la de siempre. Ser la misma implica hacer que la ley, las normas pasadas, los proyectos de comunidad anteriores, se impongan ante cualquier novedad; que “lo establecido” sea más importante que las personas concretas.

Hay un dato real que no podemos soslayar: *¡es difícil formar una comunidad!* Es comprensible que no siempre lo consigamos y que -aun poniendo la mejor buena voluntad— tardemos mucho en conseguirlo. Nuestras comunidades agrupan a personas que no nos hemos elegido, que somos muy diferentes en su personalidad, hábitos, sentimientos, puntos de vista. En este tiempo se añaden nuevos elementos diferenciadores: hermanos o hermanas de otra raza, lengua, cultura, de otra generación... También interfiere en la formación de la comunidad un liderazgo poco inteligente, que más dispersa que une, que no sabe cómo manejar las diferencias y conseguir consensos, que no tiene idea de cómo acompañar procesos y de proponer metas. También los guías comunitarios aprenden, están en proceso y, por eso, intentan hacerse expertos en el arte de la comunidad y del liderazgo.

Ser comunidad es gracia y arte. Es un don, que solo se aprecia cuando se cultiva y se está dispuesto a dejarse penetrar y transformar. Ser comunidad es peregrinar hacia una nueva tierra, pero con otros. En la meta se descubre el encanto del camino.

c) *Saber reiniciarse y reformarse.*

La comunidad no surge por generación espontánea. Se necesita entrar en un proceso de mutuas relaciones, de acomodación de unos con otros, de creación de sinergias. Cuando esto no se consigue y solo persisten las divisiones, las críticas, las luchas de poder, la comunidad no se forma, sino que se deforma, se vuelve monstruosa.

Cada vez que se constituye una comunidad se da un nuevo inicio. Dentro de la vida consagrada este momento suele coincidir con la elección de un nuevo líder, a cuya guía se confía la comunidad.

El proceso de formación de la comunidad *se inicia siempre por un mutuo reconocimiento vocacional*. Todos los miembros de la comunidad son reconocidos en cuanto personas llamadas y convocadas por el Espíritu para formar una comunidad de discípulos y misioneros. Nadie queda excluido. A todos se les reconoce en su dignidad de llamados por Dios y ungidos por el Espíritu²¹. Este proceso de formación de la comunidad requiere cuidado, atención, liderazgo y obviamente, más al principio que al final²². Es necesario crear el entramado de las personas, el cuerpo con todos y cada uno de los miembros, sin mutilaciones.

Después, es necesario *ubicar y reubicar la comunidad en el proyecto general del Instituto, provincial de la Provincia y local, en donde se encuentra*. La comunidad no es un ente absoluto que ha de ser convertido en centro intangible de la ciudad, de la parroquia, de la diócesis. La comunidad es, por esencia, misionera. Hay que configurarla como comunidad de “enviados” desde la peculiaridad de un determinado carisma. Ha de responder a la idiosincrasia del pueblo, de la bio-región en la que se encuentra inserta. Por eso, la comunidad no es una realidad abstracta, una especie de cosa que se repite aquí y allá. La comunidad es necesariamente diferente cada vez que se constituye y en cada lugar en que queda ubicada.

De este modo la comunidad *va generando una espiritualidad propia, una experiencia de Dios compartida, una misión conjunta*-, si esto no acontece la comunidad ha perdido toda su razón de ser como comunidad del Espíritu, comunidad de Jesús, comunidad religiosa.

Y esto vale también para las comunidades contemplativas. La elección de una nueva priora o abadesa, prior o abad, es la oportunidad para re-iniciar, re- fundar la comunidad. Es eso también lo que se espera de la Iglesia con la elección de un nuevo papa, o de la diócesis con la elección de un nuevo obispo, o de una parroquia con la elección de un nuevo párroco.

Es así como el Espíritu “re-nueva”, “re-funda”, “re-inicia”, “re-forma” una comunidad.

d) Pequeños equipos: estructura de la comunidad “en misión”.

Una comunidad misionera no se confunde con el grupo de aquellas personas a las que se les ha confiado una tarea, un ministerio. Lo propio de una comunidad de discípulos y misioneros es que *todos*, sin la menor excepción, se saben y sienten, colaboradores y cómplices de la misión del Espíritu. Por eso, es muy importante configurar la comunidad en grupos para la misión.

Estructurar una comunidad es una de las tareas primordiales para descubrir aquello de lo que una comunidad es capaz. ¿Y cómo estructurarla? ¡En equipos! ¡Haciendo de la división la oportunidad para la mutua colaboración! Un equipo es una unidad competente para realizar algo. Por ejemplo, unas personas pueden ser un equipo de oración y súplica; otras personas pueden formar un equipo de hospitalidad y acogida; otras forman un equipo educativo, o sanitario o de evangelización. Como unidad de competencia un equipo es parte de una comunidad más amplia que persigue una finalidad conjunta. Los equipos han de conjuntarse como las piezas de un puzzle: para ello necesitan comunicación de ideas, compartir relatos, influencia mutua.

No es lo mismo un equipo que un grupo de “amigos o amigas”, que un lobby de poder y presión. Esos sí que son una amenaza para la comunidad. Mientras que los equipos favorecen la transparencia comunitaria, los grupos y lobbies funcionan desde la opacidad y el rumorero.

La comunidad se constituye como grupo de personas apiñadas en torno a un interés compartido. Los equipos son subgrupos que lo hacen de una manera específica. Los equipos son esenciales a la hora de construir una comunidad. A través de ellos se comprende cómo es la comunidad. Así se construyen bloques de pertenencia. Los equipos son unidades de pertenencia.

El flujo de información o comunicación entre grupos es complejo y difícil. Es importante que los grupos se comuniquen desde el corazón del carisma, desde el *ethos* compartido. Es importante que todos sientan que contribuyen a la realización del sueño carismático. Y que se cree un clima de confianza y adecuado para que la comunidad pueda desarrollarse.

“Ponerse juntos es un comienzo. Mantenerse juntos es progreso. Trabajar juntos es éxito” (Henry Ford)

Liderazgo de una comunidad en misión

Liderar una comunidad en misión no debería ser una carga muy pesada en un líder. Se trata de edificar una familia extendida en misión conjunta. Hay que dejarse guiar por los ritmos de la familia.

Es un líder con visión. Que se responsabiliza y es apoyado por el liderazgo de la más amplia iglesia, de la que recibe entrenamiento y apoyo.

a) El ritmo comunitario: arriba, adentro, afuera.

La comunidad está centrada en el mandamiento principal y en el gran mandato misionero:

“Escucha Israel, amarás al Señor tu Dios con todo el corazón...
¡Arriba!

“Amarás a tu prójimo como a ti mismo” ¡Adentro!

“Id y haced discípulos a todo el mundo” ¡Afuera!

Comunicando la visión y estableciendo ritmos y rutinas que nos permiten convertirnos en una familia extendida en misión conjunta. Necesitamos ritmos que nos conecten con Dios en culto y oración (Arriba), entre nosotros en una comunidad profunda (Adentro) y con aquellos con quienes nos encontramos en el contexto de la misión de amor y servicio (Afuera).

b) Comunidades de discipulado.

¿Por dónde empezar? ¿Qué necesitamos conocer? ¿Cuáles son las herramientas prácticas que necesitaremos para tener posibilidades de éxito?

Hay cuatro principios fundamentales, no negociables:

- **Comunidades de discipulado:** es un error pensar que estas comunidades son un modo de obtener gente para los proyectos de servicio de vez en cuando. Deben ser comunidades donde el discipulado acontece; si no, nunca serán *oikos* ni se multiplicarán sanamente. Son una familia donde se intenta crear una cierta forma de cultura: cultura de discipulado. Esta cultura es como el agua para el pez, la tierra para la planta, el medio en el que todo existe. Y así como hay terrenos más fértiles que otros, así también con las culturas de discipulado. El discipulado es como un “ecosistema” para las comunidades en misión. Si esta

cultura existe el gran proyecto será “hacer discípulos”. El gran mandato misionero es “hacer discípulos”. Pero Jesús dijo que él “edificará su Iglesia” (Mt 16,18).

- **Para hacer discípulos**, la tarea que el Señor resucitado nos encomendó es “hacer discípulos” (Mt 28,19-20). Solemos pensar y actuar al revés: edificamos la Iglesia para después hacer discípulos. Es lo contrario: Lo nuestro es “hacer discípulos” y lo propio de Jesús es construir su Iglesia. Estamos llamados a las dos cosas: ser y hacer discípulos de Jesús. Aprendemos a confiar y a seguir a Jesús en todas las áreas de nuestra vida, creciendo en ser cada vez más como él en nuestro carácter (lo que somos), en nuestras habilidades (lo que podemos hacer). Y en cuanto que hacemos esto invitamos a los demás a la vida de discipulado, creciendo en la esperanza de la irrupción del Reino en todas las áreas de nuestra vida. Cultivamos nuestra identidad como gente “enviada”.
- **De nuestra condición de discípulos fluye nuestra condición de misioneros**. La cultura del discipulado nos impulsa a cultivar el desarrollo de nuestro estilo de vida misionero y no tanto a organizar eventos misioneros. Eso ocurrió con la comunidad de quienes estaban con Jesús. “Yo os digo la verdad: quien cree en mí hará las obras que yo estoy haciendo e incluso obras mayores, porque yo voy al Padre” (Jn 14,12). La misma dinámica se ve en la vida de Pablo: plantaba comunidades, llevando consigo un equipo (1 Cor 4,14-16). Pablo quería que los corintios lo imitaran como los niños imitan a su padre o su madre. Pero dado que él no podía ir a Corinto le envía a Timoteo, que les recordaría el estilo de vida de Pablo. Esta es la forma de hacer discípulos de Cristo.
- **Jesús creó un lenguaje común entre sus discípulos**: las parábolas del Reino. Ellas le permitieron crear un lenguaje cultural entre sus seguidores. El lenguaje crea cultura. Si queremos una cultura del discipulado hemos de emplear un lenguaje utilizado regularmente y que todos entiendan y puedan recordar. Un lenguaje de configuración vital que crea una cultura del discipulado.

Ritmos comunes: le dan a la comunidad un sentido de estabilidad. Necesitamos mucho estar juntos.

El líder de una “comunidad en misión” ha de ser un *disciple*-

maker y no meramente un organizador de eventos.

Siete rasgos de una comunidad configurada por la misión

¿Cómo la misión ha de configurar la comunidad? Presento varios rasgos, inspirados en textos bíblicos

Comunidad de aprendizaje misionero: Jesús nos llama en comunidad, y no solo como individuos. Aprender a ser misioneros es un ejercicio comunitario y no individual. Jesús entrenó a sus discípulos en comunidad (Le 9,1-10; 42). También Pablo lo hizo (Hch 13, 1-4; Filp 2, 19-30). Un aprendizaje de la misión en el que todos colaboran, potencia las comunidades: es una especie de *colegialidad*. No es suficiente un aprendizaje informativo; es necesario también un aprendizaje práctico y saber compaginar los carismas en la “misión compartida”, sin excluir a nadie.

Comunidad que conversa: también es necesaria *la conversación*, como expresión de un aprendizaje activo y colaborador. Una comunidad en la que no se conversa sobre los grandes temas de la misión, en la que no hay comunicación de experiencias, incluso de contrastes y diferencia, no responde al sueño de Aquel que la eligió. Nadie tiene en monopolio el Espíritu. Ni siquiera los más ilustrados, o quienes por un título desprecian la opinión de los simples. En la conversación y discusión Jesús se hace presente, como les ocurrió a los discípulos de Emaús. También Jesús dijo: “Donde dos o tres estáis reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de vosotros” (Mt 18,20). En la conversación pueden surgir perspectivas nuevas. En la conversación se crea el espacio en el que se practica la obediencia a la verdad. Quien se ejercita en la conversación comunitaria, lleva a la praxis misionera ese estilo conversador. No es dogmático. No impone. Escucha y propone. Busca la verdad y no impone su verdad. Quien conversa en la comunidad, conversa después en la misión.

Comunidad en el contexto, a Pablo no le importaba su carnet de identidad nacional, sino su identidad como enviado y mensajero de Jesucristo. Por eso, se hacía todo a todos. Dios ama a todo el mundo, pero coloca a cada uno, a cada pueblo, en una cultura peculiar —marcada por el lugar, en una determinada vecindad con otros pueblos. El Dios de lo global es también el Dios de lo local. El Espíritu quiere configurar sus comunidades en esa tensión en la cual no se elimina ni lo global, ni local. Pero la comunidad está

llamada a “encarnarse”, a identificarse dentro de un determinado contexto, a hablar su lengua, a valorar sus símbolos, a arremangarse para colaborar en la solución de sus problemas. Este modelo de comunidad hace creíble la misión. La contextualización hace a la comunidad sumamente interesante: por una parte, atenta a los desafíos de los lugares, de los tiempos, de las iglesias locales, de los contextos ciudadanos o rurales; pero por otra, conscientes de los desafíos globales, mundiales, de la catolicidad. Así son agentes del Espíritu contra cualquier forma de nacionalismo excluyente, o de universalismo que destruye la biodiversidad. En un mundo culturalmente diverso, la comunidad está llamada a comunicar la fe y expresar el culto de formas culturalmente significativas. De ahí la importancia para una comunidad del análisis cultural para encontrar las respuestas de Dios a ese desafío. En cambio, una comunidad descontextualizada se vuelve neutra, no suscita interés, no es testigo de nada. A través de ella el Espíritu enmudece; no es el Espíritu de las lenguas diferentes.

Comunidad transcultural y global: cada vez somos más multiculturales y estamos llamados a ser cada vez más “interculturales” y “transculturales”. Visitar las periferias, las fronteras culturales, entra dentro de la vocación misionera de una comunidad; pero también el estar integrada por hermanos o hermanas de otras culturas, razas y pueblos. Si Abraham fue una bendición para todas las naciones, ¿No lo seremos nosotros, discípulos y misioneros de Jesús? ¿No estamos llamados a unirnos con gente de toda nación, tribu, pueblo y lengua” (Ap 7,9)? Hemos recibido una misión de reconciliación de todos los pueblos (Ga 3,28). También en nuestro espacio Jesús nos envía a todas las naciones. Por eso, una comunidad no debe cerrarse en sí misma, en su propia localidad. Ha. de ser generosa y no impedir los sueños de quienes sienten la llamada de otros países para evangelizar.

Comunidad que forma el carácter: La comunidad en cuanto tal es un espacio formativo o un espacio tóxico y de formativo. Cuando la comunidad es un espacio “formante” cada persona crece en individualidad, mejora sus rasgos personales, modela mejor su carácter, crece en su espiritualidad peculiar, hace que la presencia de Jesús y del Espíritu en ella sea cada vez más consistente y embellecedora. La comunidad es el espacio donde mejor se detectan los siete pecados capitales; pero también el espacio donde éstos están más amenazados. La superación de los

malos vicios nos da nobleza, nos vuelve virtuosos, le da solidez a nuestro carácter. Es así como el misionero, o la misionera mejora también en la misión. Hay quienes se preguntan: “¿Qué tipo de misión tiene Dios reservada para mí?”. Pero esa no es la pregunta acertada. La verdadera cuestión es otra: ¿Qué tipo de “mí” quiere Dios que colabore en su misión que cuenta con una comunidad? En la comunidad se debaten, a veces, muchos “egos”. Y no es fácil armonizarlos. Pero cuando cada “ego” comienza a des-absolutizarse, a relacionarse, cuando aprende el arte de la humildad y el servicio, entonces se perfecciona nuestro “yo”. En ese caso, los “yoes” diversos se armonizan, se vuelven generosos y no envidiosos, amables y no iracundos.

Comunidad contemplativa y litúrgica: Es muy importante para ser comunidad misionera conocer a Dios, contemplarlo en el silencio, adorarlo y celebrar su presencia. La “missio Dei” que define nuestra forma misionera y comunitaria debe convertirse en el gran centro de nuestra contemplación. Esto tiene mucho que ver con la liturgia comunitaria. Una liturgia configurada por la “Missio Dei” da forma, nutre y envía a la comunidad misional: “Como el Padre me envió, así os envío yo” (Jn 20,21)³⁰. A veces pensamos que lo más importante en la liturgia es volverla atractiva, que responda a los gustos de la gente. La liturgia no debe ser manipulada en ese sentido. No es teatro, ni pasarela de personajes que se ganan a la gente por sus destrezas y artes. Se trata de una liturgia en la que el Espíritu crea visiones alternativas, relata el querer de Dios sobre nuestro mundo y nuestra historia concreta³¹. Una liturgia configurada por la misión —y me refiero no solo a la Eucaristía, también a la Liturgia de las Horas, a la celebración comunitaria del Perdón— es aquella en la cual la comunidad es pasiva y activa al mismo tiempo. Es el gran momento contemplativo, adorador y silencioso en el que se reconoce al único Señor. La comunidad en estado de liturgia es asamblea de cristianos en misión con Dios, cómplices del Espíritu Santo que encarnan el Evangelio de Jesucristo³². El “ite missa est” debe ser no una fórmula rutinaria, sino el envío diario que configura la comunidad.

Comunidad siempre “identificada” e “identificable”: la falta de identidad hace que reine el “caos” en una comunidad. Quienes nos visitan pueden darse cuenta del grupo humano con el que están, de las inquietudes que lo mueven, de quien se enseñoorea de

sus vidas. Desgraciadamente a veces las comunidades no son tan “religiosas” como su nombre indica. Se dejan llevar por la “mundanidad espiritual” (EG 93-97) o la “acedia egoísta” (EG, 81-83). Quienes nos visitan pueden encontrarse con un grupo de gente maja, pero que ni mencionan a Dios, ni llevan a apasionarse por la Alianza con El. ¡Serían comunidades secularizadas y secularizadas! ¡Comunidades que no confiesen su fe fuera del ritualismo! O puede haber otro tipo de comunidades en las cuales el lenguaje religioso sea la rutina, no comunique ninguna emoción, ni lleve a la transformación, o al deseo de cambio. Nuestra verdadera identidad nos es concedida como una “nueva creación”. El Espíritu de Dios Padre y de Jesús nos hace nacer de nuevo, si de verdad lo deseamos. Esta identidad ha de funcionar cuando nos encontramos en el espacio público. Ahí es donde podemos mostrar que existe “una forma nueva de ser humanos”.

CONCLUSIÓN

Lo que aquí proponemos es un auténtico cambio de paradigma comunitario. La pereza ¡pecado capital, que no consiste en no hacer nada, sino en hacer mucho para no cambiar!— será el demonio que lo bloquee e impida. Pero el Espíritu está muy interesado en contar con comunidades cómplices en su Misión. Si no lo consigue entre nosotros, encontrará otros grupos, otras comunidades dóciles. El cambio de paradigma es de vida o muerte. Sobrevivirán las comunidades en “*missio Dei*”.

La cuestión no está en preguntar *¿quién es el Señor del Mundo?* Sabemos que lo es Jesús. Sino *¿por qué no se hace patente este señorío en nuestra sociedad, en nuestro planeta, en nosotros?* La respuesta a esta cuestión determina nuestra vida comunitaria: ¡organizamos de tal manera que se refleje el señorío y liderazgo de Jesús en nosotros! Y hacer para que desde nosotros se manifieste en la sociedad, en las culturas, en las estructuras de este mundo. El regalo que podemos hacerle al mundo es encarnar en nuestras comunidades el Reino que viene, anticiparlo. La misión implica el modo en que estructuramos nuestras vidas y cómo abrazamos nuestra vocación de cuidadores de la humanidad y de la creación³³.

¿Qué es lo que hace que un joven quiera integrarse en una

comunidad carismática, en una congregación y que se una a personas que nunca ha conocido? ¡Las inter-acciones que hay dentro de él y los sentimientos de pertenencia que se van anudando! Cuando no hay pertenencia, no hay comunidad. No se pertenece por un acto voluntarista. La pertenencia nace de una alianza mutua entre todos. Nadie se siente dueño. Todos se sienten copropietarios. Todos participan de los beneficios. Todos se comprometen en las cargas. Pertenencia es la recompensa a una fuerte relación de copropiedad carismática. En cambio, cuando algunos se apoderan del carisma, roban a los demás la pertenencia y los vuelven personas sometidas, ajenas al patrimonio común.

El sentido de pertenencia es como un río que fluye. Nunca se detiene. Lo que mueve el río es la comunicación, la información, la transparencia. Mueve el río de la pertenencia el compartir historias, relatos, mitos. La pertenencia requiere confianza. Cuando la confianza se pierde, las palabras y las promesas no tienen ya sentido.

Los miembros de la comunidad deben poder realizar sus sueños, cumplir sus mejores ambiciones, pero, sobre todo, tener un sueño colectivo que realizar. Todo bajo el señorío del único Señor y bajo la energía y potencia creadora e innovadora del único Espíritu. Y todos hermanos y hermanas, porque solo hay un Padre de todos.

En el fondo, cada persona de la comunidad es como un “email de Dios”, en quien el Espíritu escribe su mensaje y lo envía una y otra vez donde quiere. ¡Qué importante es dejarse enviar! ¡Y no quedarse siempre en la bandeja de salida... sin salir! Pero, sobre todo, ¡qué agradecidas serán las personas que reciban al “enviado”, a la “enviada”!.